

F. Miguel Cruz Alcorlo, S. I.

(Monasterio, Guadalajara, 05/07/1926– Alcalá de Henares, Madrid, 28/03/2017)

MICHEL: mudo, con mucho que contar.

Si buscamos en un mapa, Monasterio, el pueblo en que nació, difícilmente lo vamos a encontrar en las tierras deshabitadas de la serranía de Guadalajara, y si lo buscamos en un plano aéreo, nos costará más, porque está escondido en una gruta del terreno, en donde se guarece un arroyo que riega un bosque en medio del secarral, sólo apto para el centeno. Una docena de casas que se asoman al puente, con la curiosidad de descubrir algún forastero. Los monjes tenían el lugar idóneo para su vida retirada, y allí dejaron sus celdas modestas y su iglesia recogida.

La familia de Michel era tan sencilla como su pueblo. Vivían en una casa destartada al ser construida sobre diversos niveles del terreno. Escaleras empinadas, habitaciones comunicadas sin pasillos, ventanas para ver el sol únicamente al amanecer, almacén para aperos de labranza y pesebre para asno y mula.

Recuerdo sus narraciones vivas, realistas y milimétricas de su infancia de novela, mientras dejábamos a un lado el plato con raspas de las cenas en Vigo. Porque Michel fue un “niño de Rusia”, al comienzo de la guerra en 1936. Recogieron a todos los niños del pueblo y alrededores para enviarlos a Moscú, en el momento en que el frente de Guadalajara estaba en inminente peligro de ser tomado por el bando contrario. A Michel también le tocó. Los llevaron a Cogolludo, de donde se escapó por la noche, y vagando por aquellas tierras que conocía al dedillo con 10 años, regresó a casa del abuelo, en donde se escondió.

Algunos meses después, su familia fue deportada a la Comuna de Tarancón, más alejada del frente. Este niño calladito, espabilado y curioso vio las ruinas de Nta. Sra de Riánsares, a las afueras de la ciudad, que en tiempos anteriores estuvo ocupada por jesuitas. Descubrió los restos de una hoguera con libros de biblioteca. Michel nunca desperdiciaba nada. Anduvo revolviendo los restos y rescató una biografía de nuestros Santos jóvenes. La leyó con fruición, y aquella fue una semilla temprana para su vocación a la Compañía.

Nuevo traslado de la familia hacia sus tierras alcarreñas. En un tren destartado, Michel y su hermano, se perdieron en la estación de Aranjuez, sin saber el paradero del resto de su familia, que viajaban en otro tren. Y así, cientos de anécdotas contadas para ser escritas.

Amante de la naturaleza y solitario andarín empedernido, tenía la habilidad de organizar sus mini-campamentos, para los niños que pasaban por su trabajo. Sin hacer ruido, sonriente, dando ejemplo y consejos sencillos de buena gente.

Traté con él en el Colegio Apóstol. Parecía callado y escurridizo. Para tirarle de la lengua, tan visual, no había más que sacarle su infancia; la rica historia de España que respiraba alrededor de las fachadas renacentistas majestuosa del palacio de los Duques de Medinaceli, en Cogolludo, a 4 kms de su pueblo. Conocía los detalles de las vidas de los Duques del Infantado, los Infantes de la Cerda, y los Mendoza, señores feudales de aquellos señoríos. Pero también las vicisitudes modernas de sus tierras: del “robo del agua del Tajo” con el trasvase; de la carretera solitaria y peligrosa por los puertos de la Sierra, que conocía de fuente en fuente; de la forestación de pinos cargados de orugas; de los nuevos pantanos que no disfrutaba.

Con su aire de jubilado hidalgo, su corbata gastada, su chaqueta recuperada, sus pantalones con brillo pero correctamente planchados, bajaba con puntualidad al sótano, de ventanas pequeñas y altas, desde las que sólo se atisbaban las nubes, en un entorno de paraíso, para encerrarse horas sin fichar, empaquetando meticulosamente los distintos montones de folios de exámenes y apuntes, que todo el claustro le encargaba con prisas. Con música clásica de fondo y a buen volumen debido a su incipiente sordera, dejaba que las multicopistas hicieran su trabajo, Rodeado de paquetes de papel hasta el techo, y de imágenes de escayola deterioradas (no sé de donde saldrían) que con mimo de monje medieval, reparaba.

Su habitación también era un museo, mejor, un almacén de todo. Por encima de la mesa, varios aparatos de cualquier clase, que volvía a poner en funcionamiento; los armarios amplios, llenos de trajes y ropa de muchos jesuitas que fueron pasando por la comunidad; libros curiosos desechados, estampas, postales... Era incapaz de tirar nada. Todo lo recogía. Hasta unos muñecos sacados de un contenedor (que aún utilizó en las catequesis). Herencia de una familia que no podía desperdiciar nada. No era jardinero, pero como si lo fuese. El semi abandonado bosque del colegio era su jardín. Rehízo todo los setos de hortensias; con paciencia de arqueólogo, sacó de la maleza desordenada, una fuente de azulejos del antiguo jardín del pazo; replantó árboles para sustituir los inmensos tronchados. Cuando paseaba por la fachada, se entretenía en quitar enredaderas malas de los setos del jardín. Aconsejaba la cantidad de agua para regar tiestos. Si algo desaparecía, ya lo había encontrado él. Sus ojos enrojecidos curioseaban todo desde la ventana estratégica de su habitación sobre la portería.

Solamente pidió con insistencia poder dormir cerca de su tierra de la Alcarria; por eso fue trasladado de Salamanca a Alcalá de Henares. Nunca aparecerá en los libros de crónicas o historia de la Compañía, pero fue un modelo de hermano jesuita: servicial, discreto, piadoso, pobre (casi mendigo), obediente sin rechistar ni protestar, siempre con sonrisa y exquisita educación. Tan cerca de la estatua del H. Gárate, debió de aprender mucho de él, y con la simplicidad de su Mancha natal, conservó un aire de hidalgo en un cuerpo y espíritu de Sancho.

Puede ser interesante que se revisen sus escritos por si tiene narraciones a las que hago referencia. Escribía bien y le gustaba, pero no sé por dónde puede tener lo que escribió

Jaime de Peñaranda S.I.
Villafranca de los Barros, 1 de abril de 2017